

# LIBROS

## Haro Tecglen y la crónica política de 1970

La historia del periodismo español es una de las más no hechas de todas las historias españolas no hechas. Hasta que no se escriba esa historia total de la información en España será imposible poder medir la influencia cultural de personas y obras desde la plataforma subcultural de la información. Hoy tenemos conciencia de la influencia de un filósofo, un escritor, un profesor, pero carecemos de instrumentos clarificadores de la relación histórica entre el periodista español y su tiempo. Haro Tecglen es una excepción. Periodista desde los catorce años, en plena tercera juventud, podemos profetizar ya su nombre unido a la reconstrucción de la dignidad de la prensa española en la posguerra. En la ardiente oscuridad de tanta mediocridad, de tanto adocenamiento, el Haro Tecglen crítico teatral, o el Haro Tecglen corresponsal en el extranjero, o el Haro Tecglen comentarista político, cultural, moral, es ya un punto de referencia para cualquier posible conocimiento del desarrollo de la información en España.

Tras la lectura de las crónicas compiladas en el libro de Haro que acaba de publicar Editorial Fundamentos, uno puede tratar de delimitar las claves objetivas de la labor de Haro Tecglen. Curiosamente, es un libro el que puede dar idea de la importancia de una labor tan contingente como la periodística, verdadera flor de un día. Las crónicas compiladas han sido publicadas por la revista TRIUNFO y representan una fijación de todo un año de labor informativa. Tenemos la posibilidad de examinar a Haro Tecglen en frío y se confirma la admiración que desde siempre nos ha producido la lectura fugitiva de sus crónicas semanales. Cuando Haro Tecglen empezó a escribir crónica de política internacional, en el país se llevaba un modelo intuitivo del género. Los comentaristas al uso tenían una concepción lineal de la Historia y una épico-imperial tendencia a

creerla protagonizada por dioses, reyes y militares de fortuna. Lo que escapaba a esta interpretación era tan nebuloso que necesitaba el manto protector de la metafísica histórica: peligro amarillo, la tradicional aspiración zarista a la conquista del Mediterráneo, el alma esclava, la internacional judía, la internacional masónica, el espíritu de los pueblos, etcétera, etcétera. Haro introdujo un modelo de crónica basada en la estricta manipulación de hechos y datos desde una posición moral progresiva. Seriamente documentado y en posesión de un método dialéc-



tico de comprensión de las relaciones históricas, Haro Tecglen ha tenido que añadir su buen oficio de buen escritor y una cultura humanística casi de intelectual de la Institución Libre de Enseñanza, para conseguir una etiqueta inconfundible. Nada de lo que afecta al hombre contemporáneo le es ajeno, y el humanismo de Haro, sin el cual es imposible la práctica de historificación cotidiana que significa ser cronista de política internacional, tiene en su planteamiento la misma razón dialéctica. Cualquier crónica de Haro so-

bre la situación vietnamita tiene en el guerrillero prometeico su héroe positivo, pero el papel de héroe positivo nunca se ejerce sólo en relación con un centro terrestre concreto. El guerrillero prometeico de Vietnam es el guerrillero prometeico del mundo. Vietnam es el mundo. Para transmitir esta comprensión hace falta convertir en perpetua la relación teoría-praxis a través del instrumento de una máquina de escribir cotidianamente forzada a rendir verdad. En todos estos sentidos, Haro ha sido un pionero, y sigue siendo un modelo en el ejercicio de un nuevo periodismo definitivamente desgajado de la literatura y convertido en auxiliar de las ciencias sociales.

Una faceta de la profesionalidad de Haro Tecglen es digna de destacar: el sentido integrador de su especialización. Para redactar un artículo de política internacional Haro no se limita a la manipulación de datos infraestructurales específicos, sabiduría convencional y las sublimaciones consiguientes. Haro se vale de un método integral, en el que no desdén la participación de datos y hechos pertenecientes a toda la problemática humana. Los lectores de TRIUNFO conocen la tendencia de Haro a plantearse las a veces ocultísimas relaciones que hay entre morir en Vietnam y morir en defensa del derecho a llevar el cabello largo. Su crónica política de 1970 es realmente un año de historia, que nos ha ayudado a comprender y comprendernos. Dentro de diez, veinte años, el historiador deberá releer a Haro Tecglen si quiere comprender cómo se planteaba vivir en el siglo XX la zona más lúcida y limpia de la conciencia social española que conformamos. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

## Julio Caro Baroja, un cazador de realidades

Julio Caro Baroja, hijo de Rafael Caro Regio, editor, y sobrino, por línea materna —Carmen Baroja y Nessi—, de don Pío, nació el 14 de noviembre de 1914. Perteneció, pues, a esa generación de pensadores para la que el octavo lustro de este siglo se convirtió en el comienzo de un paréntesis irresoluto. Es un hombre enteco, que en su gabinete ordenado y repleto de paquetes con papeles y libros y ma-

pas etnográficos se me figura un maestro montañés y peripatético. Doctorado con premio extraordinario en Historia Antigua el año 1942, desempeñó el cargo de director del Museo del Pueblo Español, en Madrid, desde 1944 hasta 1955, en que pidió ser sustituido. Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca y de la de Buenas Letras de Barcelona, así como de la Hispanic Society de América, del Instituto Arqueológico Alemán, de la Sociedad de Arqueólogos Portugueses y de alguna otra. Su labor, alejada desde 1944 del ámbito universitario, ha escudriñado el pasado hispánico con ánimo de entomólogo y rigor de científico apasionado. El año 1963 fue recibido como miembro de la Real de la Historia. Ramón Carande, en respuesta a su discurso de ingreso, le consideró como un «historiador de buena técnica... un cazador de realidades».

TRIUNFO.—A lo largo de su carrera se ha dedicado usted a la historia antigua, a la arqueología, a la etnología y, finalmente, a la antropología y a la historia social, ¿cómo han incidido estos ámbitos en el definitivo perfil de su vocación?

CARO BAROJA.—Es una cosa un poco larga. Desde chico me interesaron los temas de antropología e historia... primitiva, o primigenia. Y me lancé por esa senda igual que uno se echa al mar cuando no sabe nadar, un poco a ver cómo sale. Me parecía que los temas antiguos eran materia parva, tratados con mucho virtuosismo, pero que, en realidad, no le decían a uno nada. Fui buscando más bien la riqueza del material que el problema, y eso únicamente lo proporciona la materia viva. De manera que comencé a hacer antropología, con lo que me encontré ante una gran riqueza de información, pero con una enorme dificultad de interpretación. En la ciencia moderna hay una constante de interferencia entre las técnicas de investigación y las didácticas. Una cosa es la metodología didáctica, muy convencional y de capilla, y otra la de investigación. ¿Cómo se ven, pues, las cosas? Hay gente que tiene una intuición natural, como el poeta o el pintor.

T.—Sus escritos oscilan entre la antropología y determinadas facetas de la historia social del país, tan escasamente investigada. A este respecto, ¿por qué escuela se inclina: marxismo, funcionalismo, estructuralismo?

C.—Yo, la verdad, creo que cada una se erige sobre

la consideración de una parte de la realidad. Yo no dudo que el marxismo, como método de trabajo, sea bueno en relación con un cierto sector de la realidad para el que Marx dio una pauta... que, a veces, no desentrañó con la necesaria claridad. Ahora, su obra es ya la de un clásico.

T.—¿En cuanto al funcionalismo?

C. B.—Me parece una cosa un poquito más floja y circunstancial. Obedece a la necesidad, percibida en una cierta época, de abandonar el gabinete y estudiar el mundo vivo. Sin embargo, yo dudo de que Malinovsky fuera tan buen teórico como fue buen observador.

T.—Hasta qué punto una sociedad, o un entorno social, queda modificado por la simple presencia del investigador?

C. B.—El investigador siempre altera lo que investiga. Por otro lado, y en el caso de los investigadores norteamericanos, de muchos de ellos, la educación recibida les incapacita como testigos absolutos, convirtiéndoles en una clase de testigos. El hecho de que Margaret Mead sea una mujer condicionó bastantes de sus observaciones.

«El estructuralismo me parece, en gran parte, un retorno a la antropología de gabinete, pero, por lo mismo, acaso tenga más porvenir... sobre todo después de la antropología de campo que se ha hecho, acaso un poco estrecha de miras. Este es precisamente el problema del «field work», que resulta la aplicación de una técnica... Es una fase de la carrera universitaria que después se abandona por ulteriores necesidades académicas.

T.—¿Existe, entonces, una relación metodológica entre funcionalismo y estructuralismo?

C. B.—Hay una vinculación y una consecuencia evidente. Como carentes de teoría, los funcionalistas tienen miedo del estructuralismo. Toman sus concepciones por fantasías, lucubraciones. En realidad, es el miedo del padre al hijo.

T.—¿Cuál es su método de trabajo?

C. B.—Me he dedicado al manejo de fuentes históricas y documentos por una sencilla razón. El trabajo sobre una sociedad rural, en un momento como este, de éxodo y decadencia rural, con la entrada de los recursos estos modernos, resulta como una investigación sobre detritus. Es ver unas sociedades cadavéricas o en trance de desaparecer, y, claro, resulta muy desagradable, muy angustioso.

T.—¿Cuál es, en su opi-